

Tequila a Gogó

María Cristina García Cepeda
SECRETARIA DE CULTURA

Manuel Velasco Coello
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA-CHIAPAS

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco Antonio Orozco Zuarth
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Marquines Castillo, Jeremías, 1968-

Tequila a Gogó / Jeremías Marquines Castillo — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: CONECULTA. Dirección de Publicaciones, 2018.

74 p. ; 21 cm. — (Colección Biblioteca Chiapas. Serie Premios, 114).

ISBN: 978-607-8471-50-8

1. Poesía mexicana — Siglo XX. 2. Literatura mexicana. 3. Escritores tabasqueños. I. T. II. Ser.

861M

Dirección de la Red de Bibliotecas.

© JEREMÍAS MARQUINES

D.R. © 2018

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8471-50-8

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



CONSEJO ESTATAL
PARA LAS CULTURAS
Y LAS ARTES DE CHIAPAS



CHIAPAS NOS UNE

JEREMÍAS MARQUINES



Tequila a Gogó

*Para mis hijas
Zoe y Zyanya.*

En todas partes siempre y en ninguna

No murió, está en Cuba, algún día va a venir... porque es un carajo, pues.

PEDRO MODESTO BELLO, de Mexcaltepec

¡Oh! diablito de cabellos de pájaro,
¡oh profunda malicia!

MARCEL PROUST, *En busca del tiempo perdido*

1. La imagen es una forma del mundo que constituye un hecho.
2. La poesía asume la forma de la realidad. Está hecha de hechos.

Nota obligadísima: *El 23 de enero de 1965 se inauguró en Acapulco la discoteca Tequila a Gogó, la primera en Latinoamérica. Logró ganancias por seiscientos mil dólares en la primera temporada. Ese mismo año dio inicio un movimiento social que dejó más de seiscientos mil desaparecidos. Rezagos de estos hechos llegan hasta nuestros días convertidos en otra tragedia; de esos olvidados fragmentos está hecho este libro.*



Libro primero

¿Éstas eran las jaulas o la casa?

Debían ser las dos de la tarde por la forma rojiza de los ojos,
el cambio de color de algunas nubes, las gotas de sudor en una herida.

Éstas eran las jaulas (no estoy seguro si lo dijo).

Andábamos las calles de la orilla, el mar abajo
(de eso sí me acuerdo).

Hace cuarenta años apenas y el mar abajo.

Atento a la cicatriz en las paredes,
a las agujas hipodérmicas que la lluvia arrastra hacia la playa,
al abandono de las albercas donde siguen saliendo plumas a los
pelícanos muertos.

Éste era el lugar, dijo

(tal vez),

con la postal en la mano.

Atento a la simetría de los muros,
a los arriates que suplican bajo tanta enredadera.

Ésta era la puerta

(me supongo)

que una expectativa había destruido.

Movía las manos delante de mí como si adivinara una eterna sucesión
de cornisas, balcones cubiertos de pájaros extraños, picando cortinas,
terciopelos marchitos.

(Debe haber vivido al fondo, me imagino, comiendo escarabajos, murciélagos asados sobre latas. Metía todos los deshechos de su cuerpo en miles de frasquitos).

Eran las dos, a duras penas.

El mar abajo.

Los barcos simétricos como juguetes de ciego,

zarandeándose más allá de las playas

(nueve y un islote, sin importancia hasta entonces)

que los canadienses, los gringos, los franceses, los hijos de españoles, convirtieron en lugares de miserias.

—¿En serio vives aquí?

El mar abajo, criado entre damascos, revistas de moda, silencios en punto de cruz.

Con sus labios de zinc retorcido (retrocediendo, sí, con muletas), una especie de sorpresa risueña.

(Ésta era la casa, creo que dijo, porque seguía viendo todo en otro tiempo. Se acostaba en la neblina de la montaña para ver los huesitos de la hierba mientras los hombres del gobierno daban tumbos detrás de las gallinas, las cocineras, las lavanderas; entonces se cubría los ojos para pintar bonitos fusiles encima de las hojas verdes, con los lápices de colores que le dio don Eleuterio).

[Informe confidencial 5439: *Don Eleuterio Manzanares González —que sólo hablaba tlapaneco y no entendía el motivo por el cual los soldados lo detuvieron y lo golpearon— tuvo que vender dos bestias: una para darle dinero a los soldados para que lo soltaran, y otra para curarse la golphiza que le propinaron*].

Ésta era, serpientes en un cazo. Ilusión de toallas. Clientes desayunando en ropa interior en el Villa Vera. La seda de las naos. La hierba finita en los hoteles. Los neceseres dorados que indios de porcelana menean por las hospederías de Caleta.

Respiraba como un desorden de tablas corrompidas,
inmerso en burbujitas.

La cabeza, un caldero de remordimientos.

La memoria, serpientes en un cazo.

Yo con los escarabajos que nunca se mueren por completo
(debí aplastarlos, no con el zapato, sino con la fuerza de la
mente como hacen los magos que enderezan cucharas en los circos).

—Allí.

Una insignificancia. Un agujero en la arena, una postal rasgada por pájaros sin nombres. Uno preguntándose del lado opuesto de la playa si éste era el lugar, en tiempos en que yo no me irritaba por la comida, por las sábanas, entre medias de *nylon* iluminadas por las Tivoli *light* que Míster Acapulco trajo directamente de California en *jet* privado, al comienzo de la prosperidad, cuando yo no me irritaba por tener una cara que no era la mía para irritarme, viviendo de propinas.

—La puerta.

El ruido lejano de las bocas.

(Nadie nos escucha)

—Si hablase,

golpearía las palabras con un hacha.

Yo con un palito quitando el óxido a las albercas,
los escarabajos que la lluvia arrastra hacia la playa.

Él, entretenido con: ¿ésta era la pista del Tequila a Gogó?,
aquí donde un clavo rasgó un muslo pequeño, lleno de pluviosidad
(reconozco la mancha como un racimo de uvas en el piso, pero queda
la duda del clavo porque nos callamos).

—Rompián los baúles metiendo un estilete.
El olor a petróleo lo mareaba.
Tosía para ahuyentar las cucarachas,
la mierda de animales en sus bronquios.
—Déjeme
(tapando el hueco del oído con las manos).
Una mueca, un ruido de silbatos que pensamos olvidados,
algo que nos habla, pero no nos habla nunca,
hace cuarenta años apenas.

[Testimonio 1692: *Vivía de su sueldo y de las propinas al comienzo de la prosperidad. Limpiaba la jaula de las putas (¿o eran bailarinas?), las colchas, los tafetanes, las mesitas de la pista, el polvo de los discos, pero nunca las tornamesas de Agustín Martínez, el primer DJ de Latinoamérica*].

¿Ésta era la casa o las jaulas?
Qué importa, *las lámparas oscilan igualmente torciendo las paredes*.
(La vida es un potro de tortura que se hereda con el último suspiro).
—Escriba que le mentí.
No soy una grieta por la que debe verse el infierno.
Soy una mancha como usted: doliendo en las esquinas.
Una especie de ofensa que no sé definir por los pedazos que somos.
Una arena sin horarios que llena los paraguas.

(Ahora que el cuerpo y todo lo demás me duele, incluso el dedo gordo
del pie donde tengo una arista que me punza en primavera, camino con

pasos felpudos en busca de una tranca que me ayude a empujar todo, aunque no haya nada que empujar, sólo la herrumbre de una noche de perros, peces que se incendian para comprobar si duermo, insectos que me ordenan cerrar los ojos, poniendo en mi boca una caricia).

Sus ojos volvieron a llenarse de botes que imantan las brújulas.

(Encontró el clavo semanas después, con restos de carmín y ese olor de la bahía que nunca abandona a los extranjeros).

Con la boca imitaba el ruido de un motor que baja una ladera: ruuumm, rummm, rummm; avanza por Farallón hacia la Costera, pregunta cuánto falta para llegar a playa Hornos.

—*Hace tiempo que me esperan.*

Murmura disculpas, remeda los saltitos de los baches. El mar a un lado como una caja de vidrio sobre la mesa. La radio a todo volumen: *buuleee, buuleee, buuleee, buuleee*. El pensamiento fijo en los pies de la muchacha que bailotea en la cabina del Tequila. La faldita que discute a gritos con un bikini verde frente al vecindario: los gatos riñen, rasguñan las mesas, las caderas martillan. Ella baila arriba, bien arriba, en una caja de cortinas rojas. Abajo, bien abajo, donde “las voces son ahogadas por la respiración de los animales”, se destrozan puertas, se revientan cerraduras, se cimentan hoteles con cadáveres de campesinos (los pozos de Copacabana), de profesores, de soñadores que confunden la risa con el guiño de un cometa, los que ven leviantes camino a casa, los que siempre tienen hambre y leen en viejos periódicos que se puede entrar y salir de los sueños a través de las órbitas de un tigre.

—*Hace tiempo que me esperan.*

Para que el horizonte no se vaya a pique, un pelícano barre el agua con su cuchara de plomo, se ladea como un polizón de abismos y se para sobre la punta de un clavo.

Frente al Ritz, los pescadores beben cerveza.

Las calesas comienzan a pasar.

Los caballos llevan espuma en la boca
(*iarre, malditos!*).

Le faltan pilares a la tarde.

Otra vez el ruido del motor fingiendo que es un *jeep*

(a quién le importa, nadie distingue abajo ni arriba).

Difícil explicar: la casa creyendo que dormía, nunca hubo periódicos, *siempre era domingo* (pida otra ronda, *aún hay más*, ya vendrán las putas a escribir en tu corazón recetas de veneno).

—El parque era cárcel.

Detiene el motor con un suave gruñido.

En una charca infame
(lago artificial, dijeron),

patos hambrientos tienen sexo.

La mierda de miles de avecillas exóticas huele a infancia. Imposible relacionar los huesos de un teleférico que jamás funcionó, con el robo de mil avecillas, una piñata gigante y la niñez extraviada de Rubén Figueroa Figueroa.

—Bonita, bonita, mira los pies de los flamencos, las zapatillas de las señoras, el grifo encorvado, las lámparas entre la maleza, llenas de pelo.

(*Hace tiempo que me esperan*).

Tequila a Gogó

No oigas, finge que estoy muy lejos, no pierdas el tiempo conmigo.

Cuando menos lo espero, busco el origen de un revolver,
contemplando el resto del día.

[Informe N-3. 77/ 05/ 15. *El avión aterrizó sobre una pista de terracería donde nos recogieron en una camioneta con caja cerrada como las que usan en los rastros y nos llevaron hasta un lugar que había sido balneario (donde hoy está el parque Papagayo), que fue acondicionado como prisión. En el balneario-cárcel permanecimos algunos días más. "Yo ya había perdido la noción del tiempo"].*

Clavos que pellizcan.

La garganta enmarañada en sábanas.

(Tose por el ruido del motor, o quizá la gasolina, la postal en la mano).

El mar a un lado como una recriminación incompleta.

La mañana ejercitando gatos de miradas graciosas.

—Ésta era la casa con las puertas de jaulas.

La bahía, un agujero dentro de otro agujero lleno de relámpagos.

Palmeras tomando el pulso a la tarde.

Nada está a salvo ni en el aire.

Nada, salvo los ciegos que salen de los hoteles en sus caballos falsos.

iArre, malditos!

La cicatriz en la mano. Tendones adivinando intimidades.

Otra vez preguntan mi nombre, los pelícanos vuelven a borrarlo.

—¿Usted camina o flota?

La radio a todo volumen: *buleee, buleee, buleee, buleee.*

Trajes de baño mordién dome el pulgar como una congoja redonda.

En mi sueño hay puertas rotas.

Yo no, mi boca. Una taza que acaba de volcarse.

—Diga lo que falta.

—“Lo maté porque me dolía la cabeza. Pero antes miré mi reloj seis veces y no hizo caso”.

—¿Usted camina o flota?

[“...se continúa interrogando al detenido”. “Jaime fue visto el 19 de junio de 1978 por su madre y su esposa, desde entonces no saben nada de él”].

El lápiz carece de eco, picotea la mesa.

El pan mojado de la memoria nos alimenta, sin importar lo ancho del mundo.

Sentimos sus branquias murmurando palomas al fondo de las habitaciones.

Su olor de helechos que moja la penumbra de los patios, pero no tengo miedo.

Lo que no puedo dejar es que intentes encender una hoguerita con el mismo petróleo, el mismo perfume, la misma escarcha de leprosos que usas como almohada.

Seguro alguien estará apilando pescado seco en tu sueño.

Desenterrará un fémur y encenderá una vela para que puedas bailar (no puede ser de noche todavía),

sobre la gravilla de la playa, cerca de los setos donde alguien lava ropa en una pila, lejos de los barcos de los ricos, rumiando venganzas que son fotografías.

—No mienta. Hace cuarenta años apenas.

Demasiados clavos para una misma vida, y tan pocas las palabras que nos dejan sucios, rajados, vacíos como el correr del tiempo *cuando la luz es inmediata y roja.*

Tequila a Gogó

No puede ser de noche.
El mundo aún anda descalzo sobre las camas revueltas.
Los tamarindos juegan a contener la respiración del viento.
Los vendedores de ostras brillan con el color de la resaca.
Alguien se cambia de camisa después de una cita rota
(no tiene nombre todavía),
tiene el vértigo abstracto del minuto,
la simetría anónima de la mar brava, su tránsito indeciso.
Sólo el tiempo es encarnación suficiente,
bastón de ciego entre sus ecos.
—No puede ser. No mienta.
Siempre hay un tercero que pasa y queda divagante.

Ésta era la casa
(señalando la ruina),
la misma dirección, la misma foto donde estuvo,
detrás de algún murmullo derribado a balazos con el primer bostezo
(no intente convencerme, no estoy soñando).
No hay nada que hacer aunque todos pasemos a través de nosotros.
Nuestro alrededor tiene forma de fosa sin orillas.
No importa el otro lado, son palabras que piden limosna como yo
cuando me clavo los dientes en el brazo.
No las oigo, pasan de una ventana a otra sin decir nada, sin nada adentro.
Mejor hable conmigo, no con las sombras de los pelícanos.
¿Recuerda este peldaño?
(donde dormía durante el día),
los dueños se pelearon, las putas se casaron, las gringas desaparecieron,
sólo quedó este peldaño donde escribo con un clavo.
¿Lo quiere?

(Yo ya no escribo para no despertar el rencor de los mayores. Antes lo hacía porque “allá donde más se sufre, la madre ya no regaña tanto. Al contrario, dice: ‘hijo, llegaron unos señores allí, vete a ver si te dan un veinte. Mira, hijita, tú vete con esos niños que van allá, pídeles a ver si te dan’. Aquí no dicen no seas pedinche. Aquí hay que ser pedinches porque si no nos morimos de hambre”).

Son mis ojos, no tienen nombre todavía:
miran desde un charco donde anida el sol,
antaño, criadero de alacranes.
La tierra es de los ausentes, yo soy ninguna parte.

Él de pie, jugando con una llavecita que traía en el pecho.
—No abre puertas, los recuerdos, tal vez.
Giras a la izquierda y aparecen los toronjales en una tarde de 1974.

[Los elotes en las brasas, pero no encima para que no hagan humo. Un compañero busca leña gruesa por allá; le echa veinte elotes encima y sale un chorro de humo. Lucio dijo: por su culpa mañana vamos a estar asfixiados. Y no le erramos. Al otro día nos sitiaron. Y caímos en ese sitio... Por eso nos ven aquí, ralitos (Suárez; 1976, 310)].

Debían ser las dos de la tarde por la forma rojiza de los ojos,
el cambio de color en las nubes, las gotas de sudor en una herida.
El mar al fondo, la postal en la mano.
Ésta era, hace cuarenta años apenas.
En serio, aquí he vivido.



Libro segundo

Comenzaré con los espectros de los toronjales pegados a mi pensamiento. Contaré todo de nuevo porque en la memoria hay serpientes queriéndose escapar.

Me acuerdo de los senderos que andaba en dirección contraria, tras hormigas que volvían con trocitos de cadáveres, moviendo sus patitas graciosas.

De los pitidos y chirridos del aparato Telefunken, suspendido del horcón de la casa hasta que las bugambilias se cerraban.

De mi madre con la falda hasta las pantorrillas desgranando maíz y recordando el color de sus piernas.

Yo arrastrando un palito por el lodo sin conocer el mar
(un palito de almendra, de eso sí me acuerdo),
preocupado por todo lo oscuro, por las voces
(no de la radio),

de otras cabezas más pequeñas que me decían: *Vete.*

Entre la hierba negra, arden estrellas verdes.

Yo entonces, sin saber qué.

Sólo que afuera siempre algo chilla, eso me daba miedo.

También el ciego que todas las mañanas hacía señas de esperanza, sin que lo vieran.

El ciego que por las tardes adiestraba caballos ciegos en un solar quemado.

Entonces nada me dolía, ni la picadura de las hormigas cuando orinaba en sus nidos, ni la foto donde mi padre aparece sin rostro bajo los cafetales.

—¿Quién es éste, madre?

—Nadie, se lo llevaron.

Yo con el palito de almendra dibujando árboles, venados, lince,
barcos, sin conocer el mar.

—¿A dónde se lo llevaron?

—A Acapulco.

Olas bajo la falda de mi madre, puertas que se abren, botones que se
sueltan.

Alguien dice: “no hagas ruido, sueña conmigo”.

El espejo es neutro.

Yo con la postal en la mano en la que apenas se distingue una casa.
(Ésta era, me supongo. El mar abajo).

Pájaros zancudos como los días, a galope de las nubes.

La arena, una caja de música: no tiene sonidos,
formas sí, que apagan y encienden eternidades.

Mi madre en camisón me peina, su mano huele a sueño.

Alguien dice: “no hagas ruido, sueña conmigo”.

El espejo es neutro:

se multiplica codicioso como las hojas de higuera.

Yo hablo con los túneles,

cuando me acuerdo de algo, la casa se agrieta.

—*Vete.*

Olores de comida, la pantorrilla encima de la cama.

Un camión de soldados.

En el ropero una llave que sólo las cucarachas se atreven a tocar.

Yo con todo este color por la mañana que no es el de las nubes,
es el de la foto de mi padre a un lado de la máquina de escribir que
también se llevaron.

[Radiograma cifrado. DFS-10-16-4-72 L 4 H. Tenía 72 años. Los soldados se llevaron el poquito dinero de la venta de café que tenía en una caja ropera que abrieron a balazos].

—No entiendo por qué me duele la barriga, madre, qué vergüenza. Debe ser *la fruta sin fruta* que comí.

Dígale mejor a doña Bertha que encienda la radio, está pasando *Porfirio Cadena, el Ojo de Vidrio*.

Arruga en la madera, serpientes en un cazo.

(Yo salgo al patio, pequeño y perfumado, por un peldaño y otro. Tal vez la vida es sueño, pero sé esperar despierto porque el mundo es un beso con un sabor distante, *confusamente apenas* para desesperarnos.

Entonces sé que vienes, de más allá del patio *como una almendra atroz, dulce, amarga y de muy lejos*, con tus zapatos blancos forrados con alambre, por un peldaño y otro, me siguen animales que tumba un parpadeo).

—Hoy nadie vino a verme.

Intenté dibujar una ola en la corteza de los árboles, pero sólo salieron dentelladas.

Probé con un gallo, y terminé escribiendo “carajo” en una puerta.

Disculpe la blasfemia, madre,

mis manos son aves de rapiña que acometen tórtolas,

no me acostumbro a ellas todavía,

martillan burbujas enojadas en el cabezal de la cama donde amarro los zapatos de papá como un potro taciturno que espera el crepúsculo para seguir corriendo.

(*iArre, caballo!*).

Son palabras que copio como un guante vacío, apenas salidas de su *hermosura hueca*.

No las oigo, sólo oigo su muerte, de puntitas, tanteando lo que dicen.

Yo como si nada, el agua me enseñó a ver las injusticias con los ojos cerrados.

Me dio, *ausencias calcinadas* que se anuncian con un golpe de remos.

—Madre,

cuando menos lo pienso me hiero con las nubes que apilo cada noche para llegar al sueño.

—“Ven con nosotros, hijo. Tómate este refresco”.

(No me he dormido todavía).

Cómo podría dormirme si los zapatos vengativos de papá goteaban cada noche, malpenados, revolviendo el ropero en busca de una cajita con los aretes rotos de mamá, un mechón de su pelo, y mis dientes de leche que los insectos roían.

(¿Usted camina o flota?).

Yo con ganas de volar pero rascándome el hombro donde me mordió una iguana. Mire el tamaño de su boca putita, más pequeña que el beso que asusta a mi ángel de la guarda.

—Usted disculpe la palabra, madre, pero duele no poder volar por culpa de este redondel enardecido, por estas cabecitas más pequeñas que la mía que me dicen: vete, Lucio, vete, con el hocico en llamas.

Yo no: tú, un aliento que se enfada en la concavidad de los difuntos.

Si pudiera, dibujaría un mapa para los desaparecidos.

Un mapa con toronjales y pozos para que beba *el rebaño de los días*.

Senderos de fina oscuridad, por si dios pierde el camino de regreso a casa.

Puentes sobre las hojas para los que preguntan si *la vida tiene el mismo tamaño de un cuchillo*, y no lo sé.

Si supiera, no usaría esta camisa ensalivada de esperanza que cuelga de un anzuelo.

Me quedaría en este peldaño con mis manos incompletas, mi tos postiza, mis gatos deslunados que a mitad del patio chocan sus colmillos y me enferman.

Yo con la edad metida en los bolsillos, como un hilo de agua en el aire seco, con mis ojos igual a una corteza con sueño, preguntando si es así como se muere. Si lo supiera, me quedaría en esta hamaca en el borde blanco de los horarios, junto a las manos de mamá que acarician mi nuca como una ropa nueva, con tus calcetines enroscados a mis pies igual que bejucos en limoneros agrios.

Me quedaría en esta noche de hace cuarenta años apenas, rayando mapas con el pico de un ave. Esperando en vano que llamen a la puerta, lejos de los gatos que me enferman, de los soldados que roban el café, la mariguana, de los ruidos sin ruidos, de las ranas con los ojitos rojos de los desaparecidos.

Me quedaría, a pesar de que nadie me cree que puedo volar, si no fuera por la boca puta de la iguana que nunca cicatriza, o porque mi corazón pesa menos que una toronja, mucho menos que los zapatos malpenados de papá.

—Yo no: usted, que escribe cartas en su maquinita antigua, bajo el árbol donde se pudrió el cuerpo sin cabeza de Tata Gildo

(antes que la iguana me mordiera la espalda y que el ciego que adiestra caballos fuera ciego),

mucho antes que los camiones de soldados vinieran a robarse el café, la mariguana y la maquinita de escribir. Antes que estas cabecitas más pequeñas que las mías me dijeran “vete”. Cuando mi madre usaba un vestido rojo y sus piernas no eran tan grandes como ahora. Entonces usted, como los otros, dirigía cartas al supremo gobierno para que nos protegiera de los caciques talamontes (felizmente bien como una comadreja), y en respuesta enviaron bayonetas cromadas para aclarar las dudas.

[Informe, DFS 100-10-16 L. *El ejército arrasó con más de 400 viviendas en la Costa Chica; fueron incendiadas para que sirvan de escarmiento a la población y no vuelvan a jugar con el gobierno*].

“Cambios que son repeticiones”.

—No sé por qué me duele la barriga cuando recuerdo ese árbol,
qué vergüenza.

No entiendo cómo usted, viéndome como yo,
con el rostro embadurnado de betún,
todavía: tlaca, tlaca, tlaca,
en la maquinita,
en una noche como ésta,
ordenando palabras sólo con la respiración,
exigiendo, si algo se puede exigir sin miedo,
con las teclas trabadas
(los labios también, el reloj y la radio),
aporreando, aporreando,
no aquí, alrededor de aquí,
en el aura pálida del recuerdo donde los pájaros nacen ciegos.
Tlaca, tlaca, tlaca,
páginas tras páginas sin necesidad de nombres, las colinas tan cerca:

[Carta del 71/04/09-SDN 79/236/229, dirigida al presidente de la República. *No firmamos por no morirnos antes de la raya, pero vengan y verán que todo es cierto*].

—Ayúdenos, no somos groseros, sólo otra cicatriz conjetural que no molesta.

Yo no: usted, en la habitación de los retratos donde están los vestidos roídos de mi madre. No muerto, inconcluso en los peñascos de la costa, condenado a dar color a mis insomnios.

Lo estoy viendo como una tortolita engañosa,
aporreando, aporreando,
bajo la algarabía turbia de las hojas que acumulan ecos,
aporreando,
no letras rotas:

presentimientos,
vacuidades a las que ponemos nombres.

(Si yo pudiese, ayudado por el meñique místico de dios *que rojea con una ardentía inconfesada*, entre bugambilias retorcidas que muestran su nada lánguida, apareciendo y desapareciendo; entonces yo, con un collar en la lengua, igual que esa sombra abollada que cruza el patio, lo seguiría como “aquel hijito que se les murió apenas nacido por los fríos y la rescoldera, según dijo el doctor, y usted tuvo que vender sus burros para traerlo hasta acá por el cobro tan alto que le pidió”.

Entonces yo, sacudiendo la llovizna de las hojas del plátano, ahuyentando animales lisiados que raspan con la nariz el color amarillo de esta casa, sin tiempo para indignarse, asido a los ruidos domésticos de la radio, al gozo de los querubines y al canto de los serafines, al dolor terrenal de tragar saliva y murmurar secretos, página tras página, buscaría esa puerta que no existe en la imaginación, existe en la vida, sin necesidad de nombres).

—“Ven con nosotros, hijo, tómate este refresco”.

Me acostarán y apagarán la lámpara, mis cuadernos en la caja de zapatos que me dio el cura Miguel, respetuosos, humildes, contentos de verme dormir, sin importarles dónde dormirán las garzas y el lagarto que dibujé a mediodía, atrás de dos chozas donde una mujer cuelga ropa en medio del frenesí de las gallinas.

El lagarto era el único hilo que sostenía el mundo de afuera.

Su mordida era mi arrepentimiento.

—¿Cuánto tarda en dormirse?

—Eso sólo dios lo sabe...

—¿Ve aquella ventana encendida en medio de la luna?

—Con tal de que no sea de verdad, sí, sí la veo.

—Cuando se apague la luz, de seguro que pensaré en cosas malas.

—Déjese de apuraciones, trate de ir derecho a casa donde lo esperan.

—¿Cómo llegamos aquí?

—Por el agujero abierto entre las tablas, me supongo.

El lagarto oliendo a talco, aporreando la puerta;
metido en los zapatos malpenados de mi padre donde me refugio de la muerte como un juguete roto que alguna vez tuvo labios, horarios que nunca fueron míos porque las ventanas estuvieron cerradas mucho tiempo, sin saber de qué lado acostarme para que no amanezca. Y la amarga boca de la vida, más grande de lo que yo pensaba: muerde y muerde con sus dientes de perra vieja, mientras me peino con la raya bien derecha para no verme horrible como un mongol, sin preocuparme si la verdadera vida está ausente, o *traspinando* como el sollozo de una almendra; sin preocuparme si huelo a quemado, si ando sobre los alambres de púas sin doblarlos, sin preocuparme porque sólo creo en el infierno, en las apariencias por ser un suplicio breve y en la traición por ser excesivamente simple.

—¿Cuánto tarda en dormirse?

Cuando apaguen la luz, no maldeciré la vida.
Perdonaré al lagarto por haberme alimentado de mentiras.
Dibujaré otros mapas donde se pudrirán nuevos astros,
coordenadas enormes en medio de lo desconocido,
pantanos que den la bienvenida a mis suspiros
(harapos podridos empapados de lluvia).

—No me he dormido todavía.

El sueño es huraño como los frutos del Edén.
Ventanas invadidas de hierba, plumas que se disipan sobre una palangana.
Insectos de ojos rojizos entre las tablas.



Libro tercero

¿Éstas eran las jaulas o la casa?

Las jaulas

(me supongo),

porque nunca le gustó la casa.

El mar enfrente como un gato que alguien dejó en una silla.

La bahía: un pulmón sofocado de pajaritos.

(Una tarde tocaron a la puerta y no contestó. Él sacándose la suciedad de las uñas con el palito que usaba para torturar cangrejos, y así todos los demás días, hasta que perdió la cuenta).

—Tal vez éste era el lugar —dijo.

(Nadie nos escucha).

—*Hubo un tiempo en que estuve oyendo durante muchas noches el rumor de la fiesta.*

Ésta era, con la mitad del techo entonces.

Los ruidos adentro de las tablas.

Las mariposas chocando contra las ventanas

(siempre las hubo).

Yo atento a los ramajes sin cuerpo de las nubes.

Un barco solitario se precipita sobre la claridad cambiante,
entre montes y edificios.

Las olas exhalan combinaciones de nombres.

Aquí, hace cuarenta años apenas

(giraba con los pies una bola de espejos en el techo de la discoteca),
el sol volteando cosas. Risas abolladas. Estornudos de palmeras.

El sueco Teddy Stauffer dijo: "allá estará tu trabajo y aquí tu casa".

Ésta era, con el tiempo en dos

(la postal en la mano),

lápidas transitadas por espejos
(cortaduras en los pies, gritando: imátalo!).

Desde el techo del Tequila a Gogó,
galerón infame concurrido por sibaritas de dudosa casta,
no existimos. No somos personas.
Somos cajas de pescado abandonadas con rabia.
El mar en su sillita, allá abajo,
arrullado por los pies de Míster Acapulco.
(Manso perro de la especulación que alimentaron de nostalgia).
Pecadores sin camisa que cantan en las playas: *I love to love you, baby*, por un
dólar, ofrecen cigarros de la *golden* por diez, y niñas prostituidas por cien.
Indios que levantan sus puestos al atardecer y *ocultan su dolor en algún
lugar seguro*.
Hoteles donde viejos locos se meten agujas hipodérmicas bajo la piel,
mientras alguien lava una olla para cocer pescado.
Acapulco, un Partenón de porcelana que dejó su huella en el alma de
suaves lacayos que doblaron sábanas frías en la casa de John Wayne, al
pie de la bahía.

(Nadie nos escucha).

Aquí, un tableteo, una advertencia sobre un ladrillo.
Paredes curvas en las que se escuchan lejanos motores de barcos.
Un Ford Thunderbird parqueado hace medio siglo en La Quebrada.
Palomas muertas en los canalones de las tejas,
desde antes que lo sucio de la *guerra sucia*.
Las barracas de Tarzán en lo alto, en lo alto,
con sus desagües que oxidan la espada de los peces vela.

—Yo

(éste era, pero ya no me acostumbro nunca),
protestando en la oscuridad por el cambio de las nubes.
Si pudiese, pero ya no soy ni siquiera un animal enfermo.
Hablo con él como si fuese un sólo tiempo, no oigo las palabras,
sólo el rumor de lo que hablan: instantes llegados de la nada que se
quedan preguntando siempre.
¿Entonces?

Del mundo sólo queda lo que va de paso.
Una sílaba que creo haber escrito no sé dónde,
que zarpa y se retuerce, bien lejana.
Un grito sorprendido que recuerdo, puesto al final de un antiguo diario.
Una canción a la que no me acostumbro nunca porque dejaron de tocarla
hace años.
Gemidos de pequeños peñascos al fondo de mi violencia.
La ola feudal enracimada de pífanos y señoritas.
La luna a gogó que cuelga cual fruta verde sobre la bahía.
Es aquí donde todo lo que permanece va de paso.

—Tal vez sea aquí, dado que todavía están las porcelanas de los condes
italianos. El carmín de la baronesa di Portonova en los cristales.
El cuchillo del sah de Irán relumbrando en las albercas. Los azulejos
rajados tras las sombras. Las corbatas rojas de los toreros de Caleta. El
arete que perdió Jackie Kennedy en La Quebrada, y que una tortuga lenta
como el oleaje se llevó.
Tal vez sí, porque las caderas cromadas de Cecilia Gallardo, la reina del
Tequila, aún juegan con la neblina de las jaulas: *buleee, buleee, buleee, buleee*.

(Abrió una maleta que durante años arrastró por las playas, bajo los
tendederos de La Fábrica, donde alguna vez, en la época de la prosperidad,

blanqueó su ropa. Buscó entre ruinitas un contador automático de estrellas, un pedazo de gafa y la hoja arrugada de una revista de sociales).

—Mírala, es ella, diciéndome todo lo que no puedo.

Sueño entonces que desamarro barcas atadas a los dedos de sus pies, sus muslos sostienen *el cabecear del aire*,

escucho el zurear de tórtolas en su ombligo,

mis ojos incendian puentes adentro de mí,

pero todo es inútil,

porque no soy ni siquiera un animal enfermo cuidado por vecinos.

Estoy atascado en un instante descolorido,

agitando las cosas que fueron de mis padres.

Conversando en los mercados con *genios ventrudos* que me dicen palabras evangélicas, mientras replico con voz enronquecida: "así es la vida".

—Mírala, tenía entonces veinte años y la gracia de un ciruelo cargado de frutas. Pudo ser una gran arpista pero sólo ganó un concurso de baile.

Así es la vida.

—"Vete de aquí, perro lanudo".

(No sé si ella lo dijo).

Repitiendo la canción que oía en los autobuses rurales.

Tal vez, no estoy seguro.

Nadie nos escucha

debido a la inquietud de los insectos que confundo con las manchas de mi camisa.

Éste era yo, que nunca jugué en la playa por miedo a las agujas hipodérmicas,

a los pelícanos que miran enfadados como hombres de guerra.

Éste era, llevando la disculpa de los perros entre los parasoles.

Una canasta con pedazos de sandía en la cabeza, perfumada como la Independencia. Compitiendo con los mangos con chile y camarones

desinfectados con creolina.

El agua de la fruta escurriéndome en la piel, asediado por moscones golosos.

El sol rechinando en las cerraduras de los cuartos de hotel, atravesado por criaturas anfibias que se precipitan oscilando geometrías.

El mar enfrente, en su sillita enana con respaldo dorado, donde “el niño que murió en mí ha dejado su huella”.

—No, ya nunca. Nadie.

El murmullo más allá de la tela que no me pertenece.

Que no logro entender a pesar del surco en mi pecho donde acomodo pedacitos de vidrio en caso de que, por error, me pregunten algo sobre la felicidad.

(Su beso olía a café, también sus piernas que nunca se adaptaron al mundo. Eran una caligrafía infantil hecha con esfuerzo diario. Me cortaba las uñas con tijeras de sastre; se las comía mientras cantaba: *de dónde vienes, corazón, ¿vienes del aire?* Y yo, ineficiente, pensando en los ríos, en el árbol donde dejaron pudrirse el tronco de Tata Gildo, en el Papagayo, en La Sabana; empujando un cayuco en la laguna de Tres Palos, mordiéndome la punta de la lengua para no olvidar nada).

De dónde vienes, corazón, ¿vienes del aire?

No. Ya nunca.

La ventana cerrada para no pedirle nada a la vida.

Recogiendo frutos de *andrajancia* en las esquinas que subo a una lancha que reparé juntando montones de tiritas negras, cuando cumplí veinte años.

Entonces dormía de lado, en la cama donde murió mi madre, espionando en las sombras tacones que bajan escaleras, nudillos en la puerta.

Pensaba en los toronjales que maduran en febrero, en la pobre luz del cielo, cada vez más desteñida,

la música en la radio, los gallos atizando la mañana.

Las voces que decían:

—“Vente con nosotros a matar pájaros”.

No. Ya nunca.

—“*Que Dios te acompañe, Lucio, y no esa música tierna del pasado*”, me decían.

Entonces no tenía corazón, tenía un sapo asustado con los muertos que usan camisas como la mía. Las mismas colchas floreadas donde encierro los objetos pequeños de la edad, preocupado por el cambio de las nubes que avanzan de puntitas como pájaros mancos que buscan la ceguera, (ninguna voz entre nosotros).

[Testimonio. 74/ 09/ 08. *Entonces los soldados le quitan la sábana a Luis y les digo: “Oigan, también él viene herido, no se la quiten”. Y me dicen: “Ya murió”*].

“Vente a matar pájaros con nosotros”.

No. Ya nunca.

Nadie nos escucha.

Ésta era,

mientras me pregunto si en diez años los fusibles, la caja registradora, las perchas, los papelitos que tiro al escusado aparecerán algún día en los nidos de gaviotas, frente a El Morro, cuando la tarde doble las rodillas interrogando parasoles.

La postal en la mano donde anoto números imaginarios que me dicta el saxofón del viejo Teddy. Sus ositos de peluche huyendo de los nazis porque el *swing* es música de negros degenerados, dicen.

(Debían de ser más de las dos de la tarde por el sonido que hacen las alas mojadas del pelícano, los pies descalzos en el lado opuesto de la playa, y las gotas de sudor en una herida).

La misma ropa, semejante a un jueves cubierto de hojas.

Igual de inofensivo que un buzón inútil, fingiendo que soy yo el que cruza el patio con la escopeta de mi padre, vestido como él, como una especie de escribiente o administrador de tienda, sólo para tropezar con las ratas que roen casquillos de balas junto a las viviendas, no aquí, donde el *swing* de los negros tocado por un sueco solloza sin respuesta en las albercas vacías, y el mar teme a los aviones que escupen cuerpos al abismo:

[Bitácora de la Sedena. 75/ 09/ 06. *El Arava despegaba sin luces del aeropuerto de Pie de la Cuesta, en Acapulco, y se dirigía a la costa oaxaqueña para tirar su "carga": unos doce cuerpos en cada vuelo*].

No aquí, sino allá, donde la niebla se encuentra a sí misma en las veredas y se mata.

—“Vente a matar pájaros con nosotros”.

No. Ya nunca.

Nadie nos escucha.

¿Dónde andan los pelícanos en este tiempo?

Ropas con el aroma de mi madre engañando la oscuridad.

Plazoleta donde un dedo, sin pertenecerme, rascó mi frente.

Algo en el pecho acercándose, el sonido de una máquina de coser;

telas de peces pálidos, con sus disculpas, arriba y abajo,

la aguja en su parte más nítida, acordándome del herrero.

¿Dónde andan?

No fui capaz de escudriñar bajo la cama, entre huesitos de pollo y tierra, de coagular la fecha en un silbido.

Los días no se prueban con los labios.

Se despueblan en sus ecos, según la hora
(los días, una puerta sin bisagras pegada a la piel),
royendo galletas de mar, la madera de los muebles, la fachada de
viejas hospederías.
Fue aquí, entre alas y picos, ocultando el moho.
(Nadie).
Semejanzas en busca de otro cuerpo.
Hojas bajo la sombra, raíces aéreas.
Abajo y arriba,
más abajo que arriba.
Ciegos que pasan de largo como las noticias de milagros.
Ciegos asando un pájaro raro,
chirridos que hacen girar un picaporte.
Hago de cuenta que me miran,
que lloramos un poco, quitando páginas oscuras a la vida.
"No ha sido nada", les digo, seguro estarán viendo un cuadro donde
un caballero posa con sus guantes rojos.

¿Dónde andan?

—No tienes por qué temblar.

Todos usamos muletas. *Atravesamos con la voz los ruidos* de la casa.

No significan nada.

Una ola se retrasa en mi garganta todas las tardes.

¿Se acuerda?

¿Por qué tuvo que mandarle cartas al gobierno con esa maquinita para
leprosos?

Yo no tengo dedos como los suyos en busca de un río,
los míos son escarabajos huérfanos, crecieron con la barriga llena de espera.

Usted debe saberlo

(hace cuarenta años apenas),

una limosna de tabaco para los desaparecidos.

Tequila a Gogó

Yo arrastrando congojas más allá de la pared de lodo de la casa.
Mi madre queriendo ser vieja de pronto,
tallando cruces sin nombre junto al pozo *donde las palomas agrisan* la tarde.

—*¡Es linda la vida!*

Mi tío fabricando muletas para vender miserias.
La luz como esa rama que doblan los pájaros.
El grifo del que salen hormigas para comprobar si duermo (no, ya nunca).
Ojalá que vuelvan los pelícanos con su olor a tablas podridas.
Ojalá digan tu nombre.

No pude escudriñar bajo de la cama.
No soporto el rumorear de branquias imitándome.
El único rumor que oigo es el de mi sangre,
tan vieja en la distancia; intentando correr
sin piedad, sin cólera,
entre ondulaciones que brillan en un charco.

¿Por qué tarda tanto en caer?

Mis manos deletrean lo que deben ser hojas.
Siempre es el mismo día, la misma noche siempre.
El vértigo no tiene sensación falsa.

¿A qué hora vamos a estar solos?

Abajo de la cama los insectos socavan los cimientos de la vida.

¿Quién cocina allá adentro?

Los viejos apagan los candiles, se abren las puertas.

Los ciegos salen a merodear por las playas con la cabeza altiva.

(Concentrado le miraba a los ojos, él sonreía como si la locura de un regocijo le ensanchara el alma, a momentos empalidecía... ¡La vida es linda! Lucio, imagínate los grandes hoteles de Acapulco a un lado del mar, los trasatlánticos llenos de mujeres rubias que nos seguirían. Dicen que allí los que saben bailar se casan con millonarias... Yo me voy, me voy a ir).

¿Por qué tarda tanto en caer?

Como si el tiempo en dos, y yo, ya no fuese.



Libro cuarto

No me he dormido todavía.

El cielo se ha quedado con todo lo aprendido.

—¿No te has olvidado de mí?

Ahora podría asustarme como cuando los murciélagos entraban a la casa, *tan mía como el mundo.*

Mi madre les echaba los candiles, y se quedaba en la puerta esperando los retornos, cantando frente a la luna blanca.

Yo con la cabeza en las rodillas pensando en la llama del petróleo.

Pensando en la gente de todo el mundo que nos despedía desde barquitas pescadoras, agitando pañuelos blancos.

Fue en este sitio donde yo:

las arrugas tristes de la alegría ciega.

Entre nubarrones que llegan a la ventana a observar a mi madre descansando en la hamaca.

La tierra me era ajena como las horas de otros años.

El amor fue algo sin color, como este campo que cruzaste mil veces, cada vez más ansioso, con tu paquete de cartas que enviabas hacia cualquier parte.

Si yo pudiese ayudarle, sujetándome de un dedo suyo.

Corriendo, tapado con la colcha floreada que cubría la ventana para que las balas no me encuentren, escapando como una mariposa.

—No se burle. Lo imposible no son más que instantes.

(Una carta llegó la mañana en que me marché. Los árboles de Trueno se inclinaban más allá de la puerta retrasando mi huida. Los escuché cuando dijeron “todos se van”, hasta entonces supe que *las palabras no tienen ningún sonido, no suenan; se sienten pero sin sonido.* En la carta había una postal y un mapa rasgado).

Trato de adivinar a dónde fueron tus cartas, pero sólo te veo por ahí:
lanzando piedras a los perros que olfatean tus bolsillos.

Tomando el camino más largo para Acapulco,
el que pasa junto al Arroyo Grande donde los soldados abandonaron
una camioneta con las llantas desinfladas.

Por culpa de esa camioneta no duermo, ni puedo jurar y los gatos me
enferman.

—No se burle,

trato de encontrarle un rostro pero *no le contaré nada de los sustos que me
dan sus gatos.*

¿Usted camina o flota?

Yo escondido todo el tiempo en la cocina.

Acomodándome el pantalón como se acomoda una sílaba en el agua.

Convertido en un envoltorio con sueño, extraordinario y nulo.

Cansado de moverme en estos huesos que me quedan grandes.

Hace frío. Una banda de músicos ambulantes cruza el patio.

Se pierden en los cocoteros donde el caballo en llamas de papá Cande
mira hacia mi ventana, me comparte *halagos homicidas y murmullos de coctel*
desde los balcones soñolientos del hotel Casa Blanca.

“Vente conmigo”, me dice, mientras permanezco callado atrás de la puerta.

Mastico la piel de una toronja y me siento eterno.

El vestido de mi madre viene de la lluvia con las cintas rojas que dibujé
para usted.

Cierro los ojos para andar por la casa:

Veo ciudades prodigiosas recortadas sobre un lienzo de plata. Camino
alucinado entre toldos multicolores, guiado por el
silbato de comerciantes de telas que fuman a la sombra de altos muros.
Por *el martilleo incesante de los calafateadores*, el rugido de bestias pataleando

en el aire, las cadenas de remolcadores tensadas malignamente por un guinche rojo.

Entro a las tiendas al mediodía. El olor del café y el petróleo perfuman ultramarinos. Hablo con tenderos malhumorados que con suicida teatralidad anotan deudas en la pátina de negros mostradores de madera. Atravieso callejones donde mujeres ventrudas llaman hijos a sus perros.

Tengo la ventaja de ser menor,
por eso lleno de labios dormidos los pequeños paréntesis de mis dudas.

Es domingo y estarán enterrando a don Saturnino Sánchez García, el anciano inválido al que mi tío, inválido, le hacía muletas.

[Radiograma DFS-11-252-74-LIH-23/04/73. *García, de 60 años, que estaba inválido, y en su domicilio —sentado en una banca y en presencia de su familia—, fue pasado por las armas con más de cien impactos. Al salir del poblado los soldados dejaron en el río dos bombas molotov y más adelante —en la subida del Arroyo Grande— un helicóptero los recogió para trasladarlos de regreso al cuartel de El Paraíso*].

Vente conmigo, me dice.

No, ya nunca.

Nadie nos escucha.

(El viejo fumaba sentado junto a la leña, bajo los restos de un candil de lata. Un rayo de sol iluminaba, en lo oscuro de la casa, el dial de un radio de transistores National Panasonic de cinco bandas. Entre chirridos de estática, el Conjunto Acapulco Tropical cantaba *Adiós a mi puerto*. Todavía escucho el pitido de esa estática en mi oído; afuera un perro juega frenético con cáscaras de toronja. Bajo el arco del cielo más límpido y diáfano del que me acuerde, comencé a volverme loco).

No, ya nunca.

Con los ojos cerrados engaño a la oscuridad.

Me guió por el perfume de mi madre:

el sonido de sus pendientes me dice que acaba de abrir un cajón en la cocina.

Intento domar los ruidos que se agolpan para beber mi sangre a la luz de las lámparas.

Me espían mientras discuto con el tiempo.

—*Déjalo moverse, es apenas un niño.*

(No se discute con el tiempo).

Varias veces al día cuento mis pasos.

Espero un trueno que no oigo.

Preguntan por la casa.

“La casa va conmigo”, les digo.

Están allí, tocan a la puerta.

¿Qué puerta?

A través de nosotros respiran los soldados, *sufren las cosas.*

—*No los oigo, ¿qué dicen?*

Mis ojos amenazan el mundo, escapan hacia adentro.

El mundo no merece ser pensado, digo, *como un epiléptico en su crisis.*

(Ha de haber una foto en la casa donde aparezco con los ojos cerrados abajo de los toronjales. Tengo puesta una camisa enorme que usaba para volverme invisible. En ella cabían los pájaros, los animales, el espanto y la alegría. Estoy parado aguantando la respiración, escucho el ruido de motores en otra parte donde un grupo de obreros abre un camino, se comunican con señas que no logro distinguir. De pronto, abro los ojos fingiendo haber visto maravillas, pero la vida sigue adormecida *como el paisaje en los ojos de un ebrio.*)

Tequila a Gogó

Usted oyendo el agua irse por la garganta de los sapos cuando acabamos de dormirnos.

El humo se oxida hipnotizado en los faroles.

Los murciélagos hacen ruidos durante horas golpeando las láminas de zinc.

Aún quedan horas anónimas en la memoria.

Hombres llenos de miedo *que sueñan que van mascando goma.*

Maderos que se fueron a pique, madrugadas que casi no recuerdo.

Yo espero un trueno que no oigo, por otros, sé que es real.

—*No los oigo, ¿qué dicen?*

¿Qué puerta?

Me daban pena aquellos zapatos deformados, a los que ponía plantillas de papel periódico. Calcetines impares como dos océanos.

Niebla entre nosotros, postales de ceniza.

El sol me dibuja a detalle:

temblando siempre cuando imagino mi muerte. Temblando, con otro nombre que aún no es mío, espero a sus dueños, allá, junto a la cerca donde la noche pasa adentro de los trenes, por los mismos lugares y deshoras.

Usted, un viento crudo que barre la casa.

La luna debe estar jugando con los pollitos que nacieron ayer: zigzaguea entre la hierba como un carabinero solitario.

—*Vente conmigo* —me dice.

Un potro pasa soñando, la casa queda atrás, al pasar *le sonrío hasta el final de mi sonrisa.*

Una gata blanca lame estrellas.

—*¿Qué hora es afuera?*

Aún no me duermo todavía.

A veces creo que me duermo y todo es bueno y sencillo,
mi corazón late despacio.

El cielo me contagia su ansia de claro movimiento.

Los crucifijos desnudos no me asustan, me siento bien.

Por favor no hagan ruido:

mi padre acaba de cruzar la puerta.

Trae la maquina de escribir que se llevaron.

Usa una camisa que ha bajado del ocaso.

Camina por la casa en una nube imantada,

se acerca a la cama donde madre duerme como las páginas de un libro
(no sé por qué me duele la cicatriz que tengo en el ombligo).

Se inclina balanceándose, los pies descalzos, el suelo infinito.

No un murciélago, miles de murciélagos contra las láminas de zinc.

La cadena del perro rota, el ropero abierto, el patio, una mejilla, madre
cambiando de posición en la cama.

Un murmullo de bugambilias en la juntura de las tablas,

un mechón de cabello ofendido que uno de sus dedos deshizo.

—“Señora”.

Yo sin poder doblar las rodillas, pintando la penumbra con helechos. El
cesto, la fiebre que soy desde hace años porque los soldados se llevaron su
máquina de escribir, mis dientes de leche, las medicinas de don Eleuterio
que sólo hablaba tlapaneco, y un reloj que marcaba relámpagos para aquel
lado del cerro.

—¿A qué ha venido?

—Usted ni siquiera es un muerto para que resucite ahora.

Apenitas ayer era domingo, y usted y yo por ese camino en bicicleta que
las chicharras convirtieron en una eternidad, hasta que nos pararon los
soldados y le preguntaron: ¿para qué la maquina de escribir?

—“Para escribir cartas y canciones” —dijo usted

(*el cuerpo tenso, la mirada intensa, vacante de reflejos fortuitos*).

El sol por las cercas *con una muleta, deteniendo su hombro deshuesado*.

El sol, con su montón de animalitos verdes *en el muro del asco*, como diciendo que acabamos de chingarnos.

Usted a mí, ocultando las prisas:

—“Ya vuelvo” —dice, como una pausa calcinada.

No, ya nunca.

—¡Suélteme la mano!

Los gatos me enferman, también los ojos de mamá sin picaporte;
tan obedientes como los de las perras que ahuyento con el ruido de latas vacías.

—¿Tu madre es aquélla?

No sé dibujar las aletas de los peces, cuando, lo intento sólo prolongo la nada.

Desde abajo, madre me da la impresión de un pájaro:

alboroto de cintas, rodillas huesudas que no paran de caminar hacia mí.

—¿Usted camina o flota?

(comiendo silencio, avergonzado de este dolor en la barriga).

Donde quiera, crótalos que habremos de lamentar.

—“¿Por qué no respondieron a mi carta del 18 de mayo de 1967?”.

Un salivazo: “los cuántos, los por dónde”.

La Patria pariendo soldaditos Chaparros, Viquez y Hermosillos,
desesperadamente.

Las cajas de cerveza donde vivía la iguana que mordió mi hombro.

¡Carajo, madre!, está usted un poco más pálida.

Disculpe la palabra, las demás se me han perdido en la enramada del patio,
siempre son las mismas, pero no hay tiempo.

Dios sabe que las escribo sin querer:

¡Ni las matamos, ni nos matan!

Sin nada que mirar y ciegas.

—“¿Por qué no respondieron?”.

[Carta con matasello de recibido, 52747, del 74/05/17 (SDN 83/248/110), de la comunidad de los Pitos, los Pitales y los Letrados, de Tépán de Galeana, dirigida al presidente Echeverría: “*le pedimos al gobierno que no siga lanzando granadas al ganado y desapareciendo gente inocente*”].

No, ya nadie, nunca.

—“No sé por qué nos lloran”.

Todos somos cristianos recogiendo semillitas insignificantes en el umbral de lo peor.

Así es la vida, pasamos dejando un borrón de sangre.

—Déjese de joder, padre:

hemos deshonrado a la muerte entre los pedregales de estos tiempos.

Ya váyase, monte ese caballo que viene con las patas mojadas.

Ande por ahí, despacio, hasta donde el cielo ya no tenga nombre.

Sea capullo de días imposibles, y para mañana,

si el aire no es amargo, iremos a recoger flores.

—No una carta, un mapa donde yo me encuentre extraño.

Me oriento por la hendidura de los troncos,

por el olor de antiguas hogueras que otros como yo han apagado antes de que amanezca.

Mido la distancia por las gotas de lluvia que me separan de ustedes,

enflaqueciendo con los sueños de la gente que se besa y se pierde, por los mismos lugares y a deshoras.

Yo, una nada que escucha caer un zapato dentro del desconsuelo,

sin poderte decir que nada es trágico, que todo es real,

que la única verdad es la que no dicen los enfermos.

La *guerra sucia* fue un camión descompuesto delante de la casa,

al que le han ido quitando las ruedas, las piezas del motor, la radio.

Ahora puedes dormir, junta tu cabeza con la mía,

madre está costurando, la aguja arriba y abajo.

—Vente con nosotros, Lucio.

—No, ya nunca.

—Aun no eres todavía.



Libro quinto

Cuarenta años después, seguía cargando la maleta a todas partes.
Eran más de las dos
(seguramente),
porque cientos de pajaritos cubrían los cables de la luz,
y una mujer con bastón alimentaba gatos en la playa:
¡A ver! ¡Que quiten de aquí ese barco que va a nacer Venus!, gritaba.
La maleta, ilusión de otras vidas que los años dejaron
(un objeto para hurgar papeles que nadie ha de leer, mapas que al final
jamás sirvieron),
para salir en busca de los días de domingo cuando madre se ponía su
vestido rojo y los zapatos con hebillas que le ayudaban a falsificar la voz,
multiplicada en ecos sobre la fachada de las casas.
Una vida cercana a los usos del reloj, a la vida laborable que nos hace
pensar que cada puerto tiene su propia lluvia.

Yo atrás, con la postal en la mano,
señalando hoteles enyesados de sol,
cornisas que reproducen marismas secas,
bichos que la fiebre inventa y luego copian las mitologías.
Balcones donde una gringa negra ha puesto a secar las toallas, los
bañadores de gotitas,
los biquinis súbitos y trémulos que ondean, incomprensibles,
tocados de vino y de carne.

El cielo está abierto en Acapulco.
El mundo pasa por las heridas de la luz,
el ojo no ve, acaricia
la representación de un paraíso que se quema al tercer día.

El mar abajo, con sus veletas de acero deslumbrantes.
La hora se funde a las vidrieras tropezando con el propio infierno:
comienza al atardecer, sobre la cubierta fosforescente del Bonanza
donde un coro senil de canadienses canta *My baby understands*,
y termina al primer sol, cuando alguien corta la cabeza de un pez vela,
mientras silba una tonada sin respuesta.

Yo escribiendo esto, cuchicheando con nativos que venden marihuana y
raíces para la diarrea, vestidos de curanderos, de sirvientes, de taxistas;
atrincherado con mujeres que tosen dardos frente a las barras libres, y son
las seis y pagan, y nos vamos
como gotas de tequila resonando entre las sombras.

¡A ver! ¡Que quiten de aquí ese barco que va a nacer Venus!
Acapulco despierta con las uñas pintadas.
Habla solo, dentro de un aljibe.
Poco a poco recupera su coherencia y su vacío.
Barcos arrastrados por el cielo acaban de llegar.
En un punto una mujer, un enano, yo, elevando una culebrina.
Discuten a gritos en un cuarto,
tienen la radio a todo volumen, los perros ladran.
El sol trepa las escaleras de los viejos barrios.
Riñe con los gallos.
Dibuja en las puertas la imagen de un niño.
¿Qué dicen? ¿Qué niño?

—Ésta era la casa.

—No, no somos nosotros.

Nosotros vamos en un carrito azul que conduce una señorita desnuda.

Está pasando ahora: se ríe, habla mucho.

—¿En serio vives aquí? No te recuerdo.

—¿No?

—¡Qué sorpresa!

—“Cuando el sueño se va, somos testigos sospechosos intentando una resurrección”.

(Frenos, giros bruscos, clavos).

—Siga leyendo.

Si pudiese, pero tengo miedo de acostumbrarme al gruñido de las fieras,
a perdonar en un idioma extraño,
gritándole a mi cara dilatada por el rumor del hierro:
ino es ésta la mujer que me dio de comer!,
escribiendo en el lugar de mi padre
mientras muerdo una y otra vez el borrador del lápiz.

—No, no somos nosotros.

La tarde parece vagamente verde.

Los chicos se paran sobre las casas, gritan cosas lejanas.

Las culebrinas zigzaguean quemadas de ansia.

Cuando miramos al cielo ya se han ido.

—Éstas eran las jaulas
porque *la luz es inmediata y roja*.

El mar enfrente preguntando por sus cristales, sus marcos dorados,
en tiempos en que Sinatra hacía formar a los meseros del Tequila a
Gogó para regalarles cien dólares a cada uno.

I love to love you, baby.

Iguanas carcomiendo los ladrillos, los ángulos sueltos
(no sé por qué aún me duele la barriga después de tanto).

La risa del Cordobés inalterable, como los paquetes de Fama 81 que
aún roen los escarabajos.

I love to love you, baby.

Yo, revisando por tercera ocasión este informe

(*odio su debilidad, su cobardía*),
viendo por el retrovisor la leña seca,
la puerta de la calle que giran años codiciosos
(hay una fecha detrás de cada puerta donde nacemos),
las hojas del periódico con los nombres borrados,
en la esperanza de que alguien junto a mí tenga un cuaderno purgativo,
un mapa con las marcas exactas de todas partes y ninguna,
el memorándum cierto de las sombras,
algo definitivo como un tiro de gracia.

—Éstas eran las jaulas.

Allá adentro, el señor Teddy, el dueño, afeitándose en su castillo de
puente levadizo.

Una persona que nadie creería que fuera una mala persona, porque quería
mucho a Acapulco pero no quería a los negros, aunque tocara música de
negros; ni a los mestizos, no sé por qué no quería a los mestizos, quizá
porque había vivido con los nazis o porque le recordaban un clavo, uñas
pintadas, pinzas, cicatrices, agua en la garganta de los sapos, qué sé yo.

(Expropiaciones y devoluciones. Silba ululante el teléfono de míster Teddy
envejeciendo el follaje. Movimientos de la boca. Una disculpa, órdenes,
advertencias. Tal vez en la sala donde civiles y militares, hombres del
gobierno preocupados también por Acapulco, capitanes de la usura,
irremediamente soñadores como el señor Teddy, ardientes de esperanza
y de ensueño; acompañanse de mapas donde se reparten pedazos de
cerros, de playas, de colinas, de cimas, *de cielo y de recuerdos*, imaginando
como dios el paraíso.

¿Cómo no querer a Acapulco?).

Soy un pelícano obligado a girar una bola de cristales en el techo del
Tequila a Gogó.

Después de todo, tengo una sonrisa canalla conectada a un electroimán en la boca

(*bule, bule, buleeee, buleeee*),

recibiendo jazmines con golpes de martillo en los sótanos del Arcelia.

Pienso, no pienso, el sufrimiento es aéreo.

Por momentos recuerdo una fragancia impersonal,

la blancura de un pecho,

el beso que una mujer me ha dado de propina,

luego el meñique se encoge para multiplicar en mi interior

la caja de mi cráneo ensanchando las venas.

—¿Usted camina o flota?

¿Ésta es la tierra?, pregunto *para estar solo conmigo*.

Mi padre es una luz amarilla que lanza aletazos al fondo de este cuarto, va y viene con *La boa* que arriba canta el doble de Silvestre Mercado.

Escucho los cuerpos que se entregan,

los ruidos del retrete, el bisbiseo de las putas,

pero a nosotros nadie nos escucha.

—No pasaban de las dos

(ahora estoy seguro),

porque en las albercas seguían saliendo plumas a los pelícanos muertos.

Por aquel entonces, buscaba entre las cosas antiguas de mis padres una puertecita de juguete por donde debieron de salir los toros de Caleta, encuadrados a un kilómetro de aquí, mientras las nubes, ignoradas y sin nombre, se unían como negaciones, repitiendo: no, no, no.

Entonces martillaba sombras pensando que eran troncos y ruinas solamente, sin entender por qué nunca le fui simpático a la vida.

—¿No se acuerda de mí?

Para qué replicarle, si conozco mejor el silbato de los barcos,

las mechas de petróleo en esas lanchas pescadoras

donde quito el polvo a las gaviotas para que no ensucien la tarde,
comprobando con los pies que soy mayor,
que sé cortar el pan sin sangrarme la mano
(casi sin sangrarme la mano),
sin pedir permiso para gesticular al borde de la cama
cuando aplasto sin querer los ojitos redondos de los escarabajos,
creyendo que puedo dormir.

¿Dónde estará el saxofón del viejo Teddy?
¿El frasco de mermelada que sus dedos apretaron con autoridad cuando
soñó con mecanismos galvánicos capaces de sacar el oro que el cura
Morelos metió muy hondo en un aljibe del Fuerte de San Diego?
¿Qué será del vaso de porcelana donde sus dientes se estremecieron,
orgullosos de tanta prosperidad?

La memoria es un silbato adentro de la casa.
El diente defectuoso que no aprendimos a ocultar.
El rencor de los mayores que nunca escribo como se pronuncia.
Tanto tiempo persiguiendo la neblina que soy,
empujando caballitos de mar por las empinadas laderas de Acapulco
(iarre, caballos!),
con la esperanza de que tal vez
aquella luz en la playa que se alimenta de la sustancia más nocturna me
muestre las rodillas firmes de mi madre,
sus aretes humedecidos con saliva de errantes alientos.
Esperando, tal vez, que aquellos animales que dibujé con un clavo atrás
de la puerta, cuando el mundo era inalterable como una jarra blanca en
el brocal de un pozo, me pregunten por los zapatos malpenados de papá,
que un tiempo usé cuando tuve neumonía y también nostalgia, porque
había un frasco con olor a petróleo y mosquitos hechos de ceniza.

—No lo sé, usted dígame las cosas que piensa cuando huele a petróleo.
Una lata de café forrada con los mil ecos de la casa, palanganas de peltre
donde mis pies descalzos temblaron a mediodía, galletas de soda
(blancas como una capilla),
que comí con miedo, alargando el tiempo en ese espacio que las lágrimas
no mojan.

Si al menos mi sombra fuese como las hojas que murmuran en secreto no
me avergonzaría de mis huellas tan huecas
(si mal no recuerdo, una insignificancia en la que me entretenía amontonando
animalitos muertos),
remotamente sin edad, como aquel día de marzo cuando comenzó a
dolerme la barriga regresando de la escuela, y madre me dio esta postal
de Acapulco
(las nubes un poco oscuras por el lado de Caleta),
y se despidió de mí, doliéndome este huesito que se me
entierra en el pecho, sin razón, cuando me río.

La maleta abierta como un sobresaltado pájaro que finge estar poseído
de entusiasmo, mirándome de reojo, en la misma forma en que yo miro
los barcos pintados de verde por la mañana, cuando la tierra sacude su
exceso de papeles, sus cortinas roídas por donde asoma, súbita y excesiva,
mi *pubertad desalentada*, cubierta de innúmeros remiendos.

Una maleta que huele a costumbres de la casa. Llena de ausencias que
suenan con dificultad, a medida en que yo abro una puerta en el aire que
no sé quién dibujó y recibo el perfume de las jacarandas, el frescor de los
cirianes, el tierno polen de la hierba importada de los hoteles, cubierta de
granitos de luz, lejos de los caseríos grasosos de las faldas de los cerros
donde alguien siempre está matando a alguien. Allá, entre el desvelo de
los tamarindos donde agría la luz, y sólo el mar lo sabe.

No. Ya nunca.

—Nadie nos escucha.

Finjo que desenchufo abejas en el aire eléctrico, cuando lo que más hay en la bahía son pelícanos que duermen en sus asientos de piedra toda la mañana del domingo, mientras el mar sacia su rapiña perezosa canturreando amenazas.

En la playa, andariegos ebrios rasgan guitarras fumadoras.

Sobre la bahía flota una nublosa nostalgia compuesta de miles de toneladas de excremento, quemándose en los tiraderos de Vista Hermosa. Los tocadiscos se alternan, las luces cortan cuerpos. Una viejecita rubia baila metida en un vestido raso que le aprieta las nalgas. La pista vacía, algunos globos aún siguen flotando entre la espuma, restos de serpentinas, botellas vacías en las mesas. Es la cinco de la mañana: *ojeras azules, maquillajes en declive*; los meseros están viejos y cansados, todos se miran a los ojos como una alucinante sucesión de fotos fijas.

—No tienes por qué temblar, chico.

Lady Disco pide otra botella para su Apolo afroacapulqueño: gacela tatuada que retoza a su lado. Torso desnudo, aceite de coco en los labios y en los brazos. El marica de la barra escupe en el trago de la anciana lleno de envidia. "Putá viejita rica", dice. El *disyei* cambia la página, *crea un cataclismo para sordomudos en las tinieblas*. Las revoluciones copulan con el aire siguiendo el ritmo de *Last Dance* hacia los abismos de los blancos caseríos. Nubes en trance. La araña de luces mueve sus patas levitando en el techo del Tequila. La noche es roja, por una ventanita responde habladora; yo también me río, es la misma noche siempre, como un niño callado, se apaga y se enciende rechinante, tiene comprado el sueño.

—No tienes por qué temblar, chico.

—Venga para acá, salude a este señor que huele a café.

Tequila a Gogó

(No más cardos, brotes resecos, espinas que apuñalan con tanta necesidad).

—Déjeme quedarme con usted, dibujando mapas para los desaparecidos,
perdido en *las ruinas de la luna*.

Soy yo, el que se ha quedado con sueño.



Libro sexto

Lo encontraron partiendo una mantarraya en Boca Chica, masticando sal. En la garganta iguanas, clavos. Un pescado a la talla mosqueándose junto a las cervezas tibias. Una maleta igual a ésta, en la que su madre guardó las hojas secas de los árboles de trueno.

Llegó a la bahía en tiempos de la prosperidad. Comenzó girando con los pies una bola de espejos en el techo del Tequila a Gogó. La misma esfera reflejante que el señor Nikola Testa inventó para excitar atmósferas de poca vida y que entonces dieciséis esclavos negros impulsaban para dar sensación de movimiento. Todo esto se lo contó míster Teddy cuando le dijo “aquí estará tu trabajo, y allá tu casa”, señalando hacia la playa.

Reía como un sembradío marchito al comienzo de las lluvias. Buscaba entre la arena agujas hipodérmicas que usaba como anzuelos. Pescaba erizos y cocineros de aleta azul y boca musgosa para sólo sorber la cuenca de sus ojos.

Hablaba como un rumorear de máquinas antiguas, mientras una parte de él seguía corriendo cerca de los toronjales. Oía el motor de una camioneta de soldados que encendía a ratos adentro de su cabeza en forma de pizarra parpadeante, intentando engañarlo con intimidades compradas al destino, cejas autoritarias y mudeces disfrazadas de preguntas que se anulan mutuamente. Fingía que no escuchaba, mirando la misma hora de hace cuarenta años pintada con carbón en su muñeca.

No pasaban de las dos (no sé si alguien lo dijo), por el eco de una grúa engullendo palmeras atrás de los hoteles, vidrieras tornasoles, vestíbulos cruzados por el alma de negros mariscadores, sin poder siquiera pensar en el amor. La postal en la mano entre tanta enredadera, la mitad en sombras hasta el final de la bahía donde están los otros que no vemos, si no fuese por las hojas de los árboles que nos permiten ver la vida sin horarios, la mano de los sepultureros, de los torturadores, de los comemuertos que no duermen nunca.

—¿Usted camina o flota?

Voy a tenderme en este escalón a engañarme con los ruidos de lluvia que hacen los escarabajos en los zapatos malpenados de mi padre, acordándome que no pudo calzárselos para la tumba o para dar puntapiés a una fruta podrida, en la época en que tlaca, tlaca, tlaca, con la maquinita, escribiendo quince o veinte cartas al gobierno, documentando el murmullo de esos granos que caen de los árboles.

—¿Qué ha sido?

—No ha sido nada, madre, ya casi termino.

—“Vente a matar pájaros con nosotros, Lucio”.

—No, ya no, nunca.

Nadie nos escucha, sólo nosotros.



CONTENIDO

LIBRO PRIMERO	15
LIBRO SEGUNDO	25
LIBRO TERCERO	35
LIBRO CUARTO	47
LIBRO QUINTO	59
LIBRO SEXTO	71

- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECULTA-Chiapas. El estipendio entregado por el Premio Regional Centroamericano de Poesía Rodolfo Figueroa 2016 y la impresión de *Tequila a Gogó* fueron auspiciados por la Secretaría de Cultura, gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación.

Corrección de estilo / Mario Alberto Bautista

Diseño / Mónica Trujillo Ley

Formación electrónica / Mario Alberto Palacios Álvarez

- Se terminó de imprimir en abril de 2018 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Nofret. Se imprimieron mil ejemplares.